



del alba, pero esto no quiere decir que haya terminado el carnaval.

Hay tres días en el año que llevan este nombre, y en estos tres días no hay formalidad posible. ¡Desgraciado del que encuentra dos amigos



con dominó! Las máscaras y los bailes son los principales elementos que en su bullicioso transcurso satisfacen las generales exigencias.

El pueblo soberano entrégase en estos días á un bullicioso solaz. No parece sino que esté identificado con los siguientes versos:

VAYA AFUERA EL MAL HUMOR  
EN ESTE DIA JOVIAL:  
VIVA EL GOZO BIENHECHOR  
DEL FESTIVO CARNAVAL.

Ya que estos ratos de holgura  
dan solaz, fuerza y vigor  
al pueblo trabajador,  
para aumentar su ventura  
VAYA AFUERA EL MAL HUMOR.

Hoy proclama la costumbre  
libertad universal;  
y la honrada muchedumbre  
sacude su servidumbre  
EN ESTE DIA JOVIAL.

Prodigue el vil lisonjero  
vitores á un opresor;  
que el honrado jornalero  
solo grita placentero  
VIVA EL GOZO BIENHECHOR.

En tanto que el ambicioso  
se convierte en criminal,  
goza el pueblo laborioso  
el júbilo bullicioso  
DEL FESTIVO CARNAVAL.

Los bailes de máscara son el imán de los enamorados, el río revuelto donde hallan su ganancia algunos pescadores, hay sin embargo truchas, que lejos de tragarse el anzuelo, hacen caer en sus redes á inocentes pececillos que se llaman barbi-lampiños. También hay ranas que



ocultan su fealdad bajo el dominó y la mascari-lla; hay además cucodrilos con papalina, que son las viejas perifolladas, y mamás ballenas que se tragan á los hombres crudos. En una palabra, mas que río revuelto, es el baile de máscaras un mar borrascoso que ocasiona mil naufragios, en los cuales, si hay algun marido que encuentre una sola tabla que le conduzca á puerto de salvacion, puede bendecir su estrella.

El último carnaval de Madrid ha sido fecundo en intrigas amorosas, chascarrillos asaz pesados y lances de honor.

Como si no bastáran las revoluciones, las guerras, el tifus, la gripe, el cólera morbo, las nacionales pulmonias, y los médicos que lle-



van la muerte por tacayo, hay hombres que tícnen en tan poca estimacion su vida, que por un

quitame allá esas pajas pretenden ensartarse á guisa de ternera en asador. Esto seria espantoso si por fortuna no hubiese en el mundo almas caritativas que procurasen convertir en sana prudencia los fogosos ímpetus de los matachines, que por lo comun suelen cambiar el sitio de la cita, y si habia de abrirse el palenque en las tapias del Retiro, ó en la pradera del canal, se celebra la lucha en la pastelería suiza ó en la fonda de Perona, donde, ya que la sangre no enrojezca las aguas del Manzanares, el Manzanilla, el Burdeos ó el Champagne, corren á torrentes por los insondables estómagos de ahijados y padrinos.

Con todo, es preciso confesar que no todos los desafíos se convierten en pamplina. Los hay de



espantosas consecuencias, como el que se verificó no sé qué dia en no sé qué parte entre don Fulano de Tal y don Mengano de Cual. Es el caso que ambos estaban enamoradísimos de una modesta y virtuosa jóven, que tenia la candorosa amabilidad de corresponder á los dos, con el santo fin de no dejar á ninguno desairado. Este arreglo no era del gusto de ninguno de los rivales y salieron al campo para ventilar el asunto á pistoletazos, que es sin duda un medio muy racional y pacífico; pero como estos valientes eran precavidos y cautos si los hay, se impusieron la condicion de que el sangriento lance se verificase á pistola sin bala, colocados de espaldas el



uno al otro, y con los ojos vendados. Así se llevó á efecto; pero de nada les sirvió su recomen-

dable prevision. Dispararon los dos á la vez y al oír la doble detonacion cayeron entrambos muertos de miedo. Séoles la tierra ligera.

Por lo demás, el carnaval no ha concluido, ni concluirá mientras el mundo exista y haya hombres y mugeres que le habiten; porque el mundo entero no es mas que un gran baile de máscaras, en donde abundan los mascarones entre el bello sexo, hay muchos aficionados á la farándula: los mas tontos se disfrazan de reyes, de duques, condes y marqueses, y llenos de bandas, de cruces y de relumbrones, bailan la danza del oso para hacer reir á la multitud. La aristocracia es la comparsa mas ridicula que hay en este baile. Sus necedades divierten mucho al pueblo. Hé aqui porque ha dicho Moratin:

*El mundo comedia és,  
y los que ciñen laureles  
hacen primeros papeles,  
y á veces el entremes.*

Pero no olvidemos que estamos en cuaresma y hay que pensar en los ayunos, silicios y rezos á que francamente somos mas aficionados de lo que á primera vista parece, y en prueba de ello, dirigimos al Altísimo la siguiente

### PLEGARIA.

Pues en la cuaresma estamos,  
esclamemos con fervor:  
*¡Mea culpa!* y repitamos:  
*¡Misericordia, Señor!*

Por la tonta doña Ignacia  
que habla de su aristocracia  
muy orgullosa y erguida,  
y la miserable olvida  
que su padre fué aguador,  
*¡Misericordia, Señor!*

Por el niño sin crianza  
que vive en eterna holganza,  
y con la leche en los lábios  
hace burla de los sábios  
cuando es el asno mayor,  
*¡Misericordia, Señor!*

Por el jóven pisaverde  
que entra en un garito y pierde,  
y en su terrible desastre  
no puede pagar al sastre  
su paletó de castor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por el libertino viejo  
que echándola de cortejo  
se gasta su patrimonio  
con una... que es un demonio  
a pesar del tocador,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por ese necio fachenda  
que fué ministro de Hacienda,  
y en menos que canta un pollo  
chupose todo el meollo  
del pueblo trabajador,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por el pobre mentecato  
que la echa de literato,  
y á fuer de pedante inundo  
criticando á todo el mundo  
se erige en grave censor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por su excelencia don Nuño,  
vizconde de nuevo cuño,  
que hasta los zapatos debe ,



y llama asquerosa plebe  
á los artistas de honor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por la pálida beldad  
á quien cierta enfermedad  
trocó en cañon de mosquete,  
y se dá con colorete  
para parecer mejor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por esa muger tan gorda,  
vieja, coja, tuerta, sorda,

con su giba tras la nuca,  
que se arregla la peluca  
con mantequillas de olor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por el padre ex-fray Cornelio  
que en lugar del Evangelio  
predica guerra civil,  
y escribe un papel servil  
para ser inquisidor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por esa muchacha hermosa  
que se hace la candorosa  
y de los hombres se asusta ;  
pero sin embargo gusta  
de los piropos de amor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por el necio poetastro  
que se ha lanzado en mal astro  
á escribir un melo-drama,



y en los carteles se llama  
un aplaudido escritor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por la viuda que ha perdido  
el mas completo marido,  
y llora y se desconsuela  
porque otro no la camela  
en su augustioso dolor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por la fea que hace dengues,  
cubierta de perendengues,  
y entre su velo de encage  
lanza un horrible visage  
en vez de un guiño de amor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

Por esa señora obesa  
que á pesar de lo que pesa

como buque se remolca  
y aspira á bailar la polka  
con ligereza y primor,  
*¡ Misericordia, Señor !*

## UN PERSONAGE ELEVADO.

Oyó decir don Ernesto  
que en este mundo engañoso  
para ser uno dichoso  
debe hallarse en alto puesto.

Y sin ver si el calendario  
anunciaba tempestad,  
hizo la barbaridad  
de subirse al campanario.

A su cúspide llegó,  
y al topar con la veleta  
tomó posición discreta  
y de piernas se cruzó.

Así estaba el majadero  
muy satisfecho y formal,  
cuando sopló el vendabal  
y le arrebató el sombrero.



Y aunque provocaba á risa  
desde la elevada altura,

la cándida criatura  
calculaba de esta guisa:

«Aquí en esfera tan alta  
nada me sirve de estorbo...  
Si viene el cólera-morbo,  
la ventilacion no falta.»

Aquí no llega el murmullo  
de los que andan por los lodos...  
Estoy mas alto que todos  
y esto acaricia mi orgullo.»

Los que ambicionan ser mas  
por su tonta elevacion,  
la risa y la compasion  
merecen de los demás.

## LA DESESPERACION.

Don Homo-Bono era una notabilidad. Tocaba el buhsen y el serpenton á las mil maravillas. ¿Habeis oido tocar el piano á Talberg ó Listz, el violoncello á Bohrer ó Comella, el violin á Ole-Bull, la guitarra á Huerta, el tambor á Mr. Chevalier? Pues todas estas celebridades eran chiquillos de la doctrina en parangon de D. Homo-Bono. En diciendo «manos al buhsen ó al serpenton» aquello era lo que habia que oír. El serpenton de D. Homo-Bono parecia un canario; pero ¡qué canario! un canario que desde la pomposa espesura de un álamo florido, saluda al sol amaneciente de un hermoso día de primavera, con gorgoros inimitables y melodiosos trinos. Cuando este envidiable artista (no el canario, sino D. Homo-Bono) empuñaba y soplabá su instrumento, parecia no pertenecer á la raza de miseros mortales. La celestial armonía que sus preñados mofletes destellaban, embargaba los sentidos. D. Homo-Bono hubiera estado en su sitio, entronizado sobre cenicienta nube, presidiendo un coro de ángeles y querubines.

Así no es admiracion  
que el mejor de los artistas  
hiciese honrosas conquistas

al soplar el serpenton.  
 Su vasta reputacion  
 y talento sin rival,  
 á una dama principal  
 lanzaron de amor destellos;  
 y dobláronse ambos cuellos  
 á la coyunda nupcial.

Considerábase D. Homo-Bono el mas dichoso de los maridos..... Siempre que llovia mandaba su esposa poner un puentecillo frente de su casa



para que el afortunado consorte no se ahogara en el arroyo. Mas ¡ay!..... que no hay felicidad duradera en este valle de lágrimas, y cuando el célebre serpentonista contemplaba con mas amoroso arrobamiento las gracias y encantos de su dulce mitad, plúgole á la homicida Parca agitar la afilada hoz para segar en sus mas bellos dias el hilo vital de la adorada esposa!!! Esta catástrofe hizo tan profunda herida en el corazon del marido, que no pudiendo soportar la acerba viudez á que el fatal destino acababa de condenarle, ciego en su desesperacion, abre de repente una ventana que daba luz á su alcoba, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, se arroja el infeliz... ¡qué horror! sobre el mullido lecho, y allí sin testigos dá rienda suelta á su dolor, y libre curso á su llanto.

Cada vez que el pobre viudo oia rumor de pisadas, prorumpia en desgarradores alaridos, que iban templándose á la par que el sonido de los pasos se alejaba. Un momento despues... el infeliz roncaba como un aguador.

Preséntase de improviso en la alcoba del infortunado D. Homo-Bono, su amigo predilecto

D. Ambrosio, el intimo confidente de la difunta, y entonces fué cuando estalló una horrible tempestad de lamentos y sollozos, capaz de enternecer al Convidado de piedra.

Abrazáronse los dos amigos y permanecieron largo rato aullando á duo, sin poder articular una sola palabra, hasta que el copioso raudal de perlas que manaba de los tres ojos de aquellos desgraciado (porque el amigo de D. Homo-Bono era tuerto) aliviando sus doloridos corazones, hizoles recuperar el don de la palabra.

— ¡Ay amigo de mi vida! — exclamó el desgraciado viudo — nadie, nadie conoce mejor que tú todo el peso de mi desgracia. ¡Qué golpe para entrambos!

— Es verdad, amigo mio — repuso el recién llegado — hemos perdido á la mas adorable de las mugeres. Pero ¿cómo ha sido eso? Ayer tan contenta, bailando toda la noche la polka conmigo en las máscaras, y cuando vengo esta mañana á ver si se ha descansado bien, me la encuentro de cuerpo presente! Esto es horripilante.

— Calla por Dios, amigo mio..... Yo me vuelvo loco..... No hay ya atractivo para mí en este mundo.

— Pero ¿cómo ha sucedido tamaña desventura? En el baile estuvo tan alegre.

— Y qué hermosa estaba vestida de vestal! Nuestra presentacion en el salen debió de chocar precisamente. Ella tan linda..... tú en traje de Otelo dándola el brazo... Yo detrás con mi elevado casco y mi luciente coraza... hecho un héroe romano.... Un César... un Bruto... ¡Oh! el grupo era magnifico; pero el peso enorme de mi traje consóme en breve, fuime al ambigú mientras te divertias tú con mi pimpollo, cené perfectamente y me dormí como un cachorrillo, hasta que á las tres me habeis despertado para regresar á casa. No puedes figurarte cuanto me divertí yo en los bailes! Pero.... ya se acabaron todas mis diversiones. Llorar... siempre llorar, no me queda ya otro consuelo.

— Imposible parece que sean tan efimeros los goces de esta vida. Bailar la mazurca á media noche y ser cadáver á las pocas horas!

— ¡Cómo á las pocas horas!..... Un momento antes de morir.... ¿lo creerias, amigo? estaba aun viva. Y de improviso empieza á patelear co-

mo un caballo en la plaza de toros... ¡Ay amigo de mi alma! Ya no la oiremos cantar el tango americano! Esto es espantoso... Lloremos, corazon, lloremos! ¡Qué muger; Ambrosio de mi alma, qué muger hemos perdido! Era mucho cuento.... Los militares se morian todos por ella.... Siempre habia sido aficionada á las casacas de colores. Hacia el manejo del arma como un veterano... ¡Y qué desinteresada! Con qué garbo me gastaba el dinero! Cuando saliamos á pasear por las calles, y esto era casi todos los dias, daba gusto verme con tanto fardo debajo de los brazos. Cada dia un par de guantes de casa Dubost. Y no pasábamos por frente de la peluquería de Fortis, que no viniese yo á casa con todos los bolsi!los exhaustos de fonóos y repletos de botes de pomada y frasquitos de esencias olorosas. Para todo tenia habilidad... Por lo que respecta á la música, aventajaba á la profesora mas consumada, y empezaba ya á tocar el serpenton con una gracia... A mí se me caia la baba al contemplar sus hechizos... ¡Niña de mis ojos!... Te he perdido para siempre!... Pero no, no.... quiero seguirte... Dime, Ambrosio, tú que has sido siempre mi buen amigo, ¿qué debo hacer en tan terrible trance?

—Escucha—te dijo don Ambrosio en tono solemne, y asiéndole del brazo, arrimó al oido del viudo su inhumana boca para pronunciar estas sangrientas palabras:

—Debes matarte, y hacerme tu heredero.

—Es verdad—repuso don Homo-bono—pero ¿de qué modo?

—Pegándote un tiro.

—Es poco.

—Pues dos.

—Así lo haré.

Y el infeliz cargó convulsivamente un par de pistolas.

—Ya estoy pronto. ¿Qué hago ahora?

—El testamento, despues te apuntas á las sienes y te haces saltar la tapa de los sesos.

—Es poco.

—No sé que mas puedas hacer.

—Pues yo sí. La tapa de los sesos es poco, lo repito... Yo voy á hacerme saltar la tapa de la tapa de los sesos.

Y como impelido por un aceso de desespera-

cion escribió su testamento, apuntó las dos pistolas á la tapa de la tapa de los sesos y esclar-



mando: *Recibe, esposa, mi última ovacion, oyéronse dos detonaciones, y vióse volar mortalmente herido el sombrero de don Homo-Bono.*

No acabaron aquí las tristes consecuencias del dolor y desesperacion del infortunado viudo. Pocos dias despues.... No me atrevo á referirlo....

Oigo que mis lectores preguntan:

—¿Se volvió loco?

—Peor.

—¿Se murió?

—Repeor.

—Se degolló.

—Peor que repeor.

—Se estranguló.

—Repeor que repeor.

—Se tiró al canal?

—Mas repeor que mas repeor.

—Qué hizo, pues, á los pocos dias?

—Horrorizaos, lectores..... ¡¡¡Volvió á casarse!!!

Y hubo en el barrio bullanga  
con sonido de encerros,  
y hubo ladridos de perros,  
coplas de ciego, y charanga.

Mas el infernal ruido  
daba aliento á entrambos novios,  
que aliviaban sus agobios  
en los brazos de Cupido.

Y de este lance se infiere,  
que un dolor, el mas profundo,  
halla alivio en este mundo  
y... ¡ay del tonto que se muere!



## REMITIDO.

Á UNA MOSA É CALIÁ.



¡Puñalá! vaya un meneo  
Y ese taye? ¡Rechuchú!  
ven que te abraço ¡churrú!  
¡alsa que me bamboleo,  
viva el salero andalú!

Por ver tu cuerpo salao  
pierdo la corria é Santúcar,  
¡juí! me tiene espírrabao,  
que eso es un terron de asucar  
con la canela amasao.

Al dicar tus meneones  
me ensalmo tó y me descrismo,  
y al ver tus sacais gachones  
me se baja to el bautismo  
rosudo hasta los talones.

Ande ese cuerpo entayao,  
quiera Dios que en ese altá  
diga yo misa... ¡Ahí está!  
viva el aquel bien plantao  
de una mosa é caliá!

¡Quién me isputa este pimpoyo,  
ni su gracia que es de almiba?  
venga un jaque, ¡voto á Criba!  
y en menos que canta un poyo  
le pongo patas arriba.

Hoy le diñé á Juan Pelao  
un navajaso... ¡qué asombro!  
que le entré el brazo jorgao,  
la cabesa, etrás el hombro

y me salí al otro lao.

Un dia me eché á pelea  
con dos ú tres regimientos,  
y pegué tal puñalá  
que ensarté quinze sargentos  
y un cabo que estaba etrá.

Y to por tí, resalá,  
porque se sabe aquí amá;  
pero un lechuguino tieso  
con to su estirao pescueso  
tan solo sabe engañá.

¡Jé! largo, ¿lo oye on jili?  
ó le embuto la moyera  
en la paré que está ahí,  
y le ojo la naris juera  
pa colgarle ó osté el candi.

Solo al aire de tu ropa  
á uno se le vá su pena.  
Y si á dicar, chacha, topa  
tu pinré ¡juí! en tu popa  
quien se embarcára, morenal

Vaya una sandunga ¡olé!  
¡ay que te diqué, Curriya!...  
No jué na, perdone osté,  
solo ví la pantorriya  
y me jundi ¡chachipel!...

A. ALCALDE VALLADARES.

MADRID 1 MARZO 1849.—Imprenta de D. W. Ayguals de Izco.